

al cielo? Este Jesus vuestro Salvador y nuestro Dios, que á vuestra vista ha ascendido á él, volverá un dia como lo ha anunciado. Entonces se volvieron á Jerusalem desde el monte llamado del Olivar ¹. »

No concluiremos este capítulo ya demasiado estenso, sin fijar nuestra consideracion en una circunstancia que envuelve una enseñanza provechosísima. Nos refieren los Evangelistas que Jesucristo verificó su Ascension gloriosa desde el monte de las Olivas, donde se hallaba el huerto de Gethsemani: ¿ Y por qué elige aquel lugar, donde empezó á padecer siendo aprisionado por sus enemigos? Es claro á todas luces: para que sepamos que no es posible participar de la gloria de Jesucristo, sin participar de sus oprobios: que los trabajos y aflixiones de la vida forman la escala para el cielo. La cruz y los padecimientos han de labrar la corona del cristiano. Los que siguen á Jesucristo, deseosos de participar del bien supremo, se glorían siempre como el Apóstol San Pablo en las adversidades y tribulaciones.

¹ Act. Apost. I. v. 11 y 12.

CAPITULO IX.

Maria Maestra de la Iglesia.

Jesucristo habia subido á los cielos y fundada quedaba la Iglesia, que cual arca misteriosa habia de conducir al puerto de la felicidad á cuantos en ella se refugiaban hasta la consumacion de los siglos. Los Apóstoles encargados de llevar la luz del Evangelio hasta los confines de la tierra, eran hombres toscos é ignorantes. Las obras de Dios no necesitan de la sabiduría de la tierra, y por esto el Salvador no se dirigió al pórtico ni al areópago, en busca de los que habian de llevar á cabo la obra de la regeneracion social, sino á las orillas del mar: la sabiduría divina que era necesaria para efectuar la revolucion moral mas espantosa que conocieran los siglos, la habian de recibir del cielo oportunamente antes de dar principio al cumplimiento de su altísima mision sobre la tierra. Uno de los Apóstoles habia prevaricado vendiendo al soberano Maestro, y arrastrado á la desesperacion se habia quitado la vida. Consignemos aqui los nombres de los once Apóstoles que permanecieron fieles al Señor, y en los cuales se habia de cumplir la promesa de la venida del Espíritu Santo. Eran Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago de Alpheo, Simon el Zeloso y Judas hermano de Santiago. Todos estos permanecian reunidos, perseverando en la oracion en compañía de la Santísima Virgen y de las piadosas mujeres que no habian querido aban-

donar el cenáculo. En tan estrecho lugar estaba reunida la Iglesia que mas tarde se habia de estender por todo el mundo. El gefe de aquella asamblea era Pedro, á quien Jesucristo habia entregado las llaves de los cielos, dándole todo poder, autoridad y doctrina para regir y gobernar á ovejas y pastores. Diferente era la mision de la Santísima Virgen Maria. Destinada á reinar en el cielo en compañía de su divino Hijo, siendo coronada por emperatriz soberana de los ángeles y de los hombres, habia quedado por algun tiempo sobre la tierra para ser la luz que guiase los pasos de los que habian sido destinados á congregar los pueblos y naciones alrededor del árbol de la Cruz, dando á conocer á los hombres por verdadero Dios al que habia muerto en la cresta del Gólgota con la nota de infamia. Maria, pues, quedó constituida en Madre de la Iglesia. ¿Quién mejor que ella podia enseñar á los primeros predicadores del Evangelio? Mujer privilegiada de un modo extraordinario por la diestra del Escelso, y á quien plugo á la Omnipotencia enriquecer y adornar con magnificencias superiores á cuanto la humana inteligencia es capaz de comprender; era Maria el mas perfecto modelo, el tipo mas bien acabado que debian tomar para su imitacion los primeros seguidores de la doctrina evangélica. Heróica en todas las virtudes no habian sido en su comparacion las célebres heroínas del antiguo Testamento, otra cosa que sombras y figuras. En el Calvario y al par que la Divina Víctima que expiara los delitos de la humanidad habia sufrido los mas crueles tormentos en el fondo de su corazon adquiriendo el título de co-Redentora del hombre. A mas de esto, ya añadia á su dignidad de Madre de Dios el título de Madre de los humanos. La maternidad divina le une á Dios: la maternidad humana le une al hombre; y hed aquí porque podemos de-

cir que ella es la escala que une al cielo con la tierra, á la criatura con el Criador. Jesucristo destruyó con la poderosa arma de la Cruz la muralla de bronce que separaba el cielo de la tierra, pero este libertador esforzado vino al mundo por Maria, que como ya hemos dicho en otra ocasion con el Padre San Agustin y nos complacemos en repetir, fué la celestial escala por donde Dios bajó á la tierra para que los hombres mereciesen subir al cielo. ¡Cómo no habia de ser la Maestra de la naciente Iglesia!... Confiados en la solemne promesa de Jesucristo, los Apóstoles esperaban al Paráclito que los habia de iluminar haciéndolos aptos para desempeñar la sublime mision que se les habia encomendado, y les habia de hacer adquirir una fortaleza invencible para luchar con toda clase de contradicciones, y para entregar mas tarde su vida en los mas crueles martirios. Diez dias mediaron desde que Jesucristo subió al cielo hasta que envió el Espíritu Santo. Durante ellos la Virgen Madre ocupábase en instruir y exhortar á aquellas felices criaturas escogidas por su Divino Hijo para primicias de su Iglesia y pastores de los primeros fieles. ¡Qué virtud despedirian los lábios de la purísima Señora! Cada una de sus palabras seria una gota de aquella uncion santa que purifica y ablanda los corazones. El tiempo que le restaba de estas instrucciones se empleaba en la oracion. Veamos cómo tuvo cumplimiento la promesa de la venida del Paráclito, segun lo encontramos consignado en el sagrado libro de los Hechos de los Apóstoles: «Y cuando se cumplieran los dias de Pentecostés, estaban todos unánimes en un mismo lugar, y vino de repente un estruendo del cielo, como de viento que sopla con impetu, y llenó toda la casa en donde estaban sentados. Y se les aparecieron unas lenguas repartidas como de fuego, que reposaron

»sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y empezaron á hablar en varias lenguas las palabras que el Espíritu Santo ponía en su boca.¹» En medio de aquella asamblea estaba la Santísima Virgen Maria, para la que no era nuevo este especial favor de recibir el Espíritu Santo, puesto que sobre ella había descendido cuando concibió en sus entrañas al divino Verbo. Le recibió, pues, ahora con la misma humildad que la vez primera, deseando tan solamente la gloria de su Hijo y que la naciente Iglesia se extendiese con rapidez por el mundo para bien de las criaturas.

No será fuera de nuestro propósito el dedicar algunas líneas á manifestar el admirable efecto que en los Apóstoles produjo la venida del Espíritu Santo sobre ellos. Desde aquel instante dejaron de ser hombres carnales y terrenos, trocándose sus corazones y quedando convertidos en hombres enteramente espirituales. Ya no tuvieron mas disputas sobre la primacía, y su único objeto fué ya el estender el imperio de Jesucristo, dando á conocer su nombre en los pueblos y naciones. «Cuando hubieron recibido el Espíritu Santo, dice San Lucas en los Hechos de los Apóstoles, residían en Jerusalem, judíos, varones religiosos de todas las naciones del mundo: divulgado el suceso, acudió una gran multitud de ellos y quedaron atónitos al ver que cada uno oía hablar á los Apóstoles en su propia lengua. Así llenos de admiración se decían unos á otros: ¿Por ventura no son galileos estos que hablan? Pues! ¿cómo es que los oímos cada uno de nosotros hablar en nuestra lengua nativa? Parthos, medos y elamitas; los moradores de Mesopotamia, de Judea y de Cappadocia, del Ponto y del

¹ Act. Apost. cap. II.

»Asia, los de Phrigia, de Pamphilia y del Egipto, los de la Libia confinante con Cirene, y los que han venido de Roma tanto judíos como prosélitos, y los cretenses y los árabes, les oímos hablar en nuestras lenguas, las maravillas de Dios.» ¡Virtud admirable la que imprimió el Señor á las palabras de sus Apóstoles! El don de lenguas con que les adornó le hicieron aptos para poder llevar la luz del Evangelio á todos los pueblos de la tierra. El don de sabiduría, los hizo capaces para combatir todos los errores del paganismo. No hay que estrañar que en un solo sermón convirtiese el Príncipe de los Apóstoles cincuenta personas.

Jesucristo que tan cruelmente había sido perseguido durante el tiempo de su predicación, y á quien el odio de sus implacables enemigos había quitado la vida en el patíbulo de la Cruz, había advertido á sus discípulos que también serían perseguidos: «Os arrojarán, les había dicho, de las sinagogas, y hasta vendrá tiempo en que cualquiera que os haga morir, creará haber hecho un sacrificio á Dios.» Preparados pues estaban para hacer frente á las persecuciones, y como quiera que ya no eran unos hombres tímidos ni cobardes como antes de recibir el Espíritu Santo, emprendieron la grande obra de evangelizar el mundo, sin paramientos en el odio de los grandes ni en las grandes tribulaciones que necesariamente habían de experimentar. El martirio había de ser la recompensa de sus apostólicos trabajos; pero su sangre había de ser una fecundísima semilla de nuevos adoradores del Crucificado del Gólgota. No siendo nuestro objeto detenernos en explicar las grandes conquistas, los penosísimos trabajos y los hechos todos de los apóstoles, porque nos apartaríamos demasiado del objeto prin-

¹ Act. Apost. cap. II.

principal de nuestro trabajo, volveremos á fijar nuestra atención en la Virgen Madre, á la que venimos considerando en este capítulo como Maestra de la naciente Iglesia.

Y ciertamente lo fué: en tanto que los Apóstoles, cumpliendo el precepto del Maestro, predicaban, María oraba con el mayor fervor, suplicando á Dios que la simiente de la divina palabra cayese en tierra buena, es decir, en corazones bien dispuestos para recibir la doctrina de salud, y cuando los Apóstoles le presentaban los recién convertidos, la Señora les daba nuevas instrucciones, exhortándoles á ser fieles discípulos de su divino Hijo. La V. Agreda que habla con detención acerca de esto, dice, que cuando el Príncipe de los Apóstoles presentó á la Santísima Virgen los primeros convertidos, que fueron las primicias de su predicación, les habló de esta manera: «Hermanos míos y siervos del Altísimo; esta es la Madre de nuestro Redentor y Maestro Jesus, cuya fe habeis recibido reconociéndole por Dios y hombre verdadero. Ella le dió la forma humana, concibiéndole en sus entrañas, y salió de ellas quedando Virgen antes del parto, en el parto y despues del parto: recibidla por Madre, por amparo y medianera vuestra, que por ella recibireis vosotros y nosotros, luz, consuelo, remedio de nuestros pecados y miserias. Aquellos fieles se postaron en la presencia de María, la cual los exhortó á que dieran gracias de todo corazón y alabasen al Omnipotente Dios, porque de entre los demas hombres los habia traído y llamado al camino verdadero de la eterna vida, ofreciéndoles rogar por ellos á su Hijo y Dios Eterno para que les manifestase la alegría de su rostro en la felicidad verdadera y al presente les comunicara su gracia».

1 Agreda. Obra citada. Parte III, lib. VIII, cap. XLVII.

El rebaño del divino Pastor se aumentaba con rapidez, merced al celo infatigable de los Apóstoles. Diariamente llegaban nuevos cristianos á los piés de María, deseosos de conocer y ofrecer homenajes de respeto á la venturosa Madre de Dios. Esta por su parte cumplia con la mayor exactitud su ministerio de Madre de la naciente Iglesia, enseñando á todos no solo con sus purísimos lábios, sino con su ejemplo, la práctica de todas aquellas virtudes que su Santísimo Hijo quiere que observen sus seguidores. Todo predicaba en María: su mansedumbre, su humildad, su modestia, y aquella caridad con que se hacia toda para todos, deseando que todos se salvaran en el Arca mística de la nueva y militante Jerusalem.

No ignoraba la Santísima Virgen que la Iglesia fundada por su divino Hijo habia de prevalecer contra todas las persecuciones que el infierno suscitara contra ella, y que á través de los mas rudos combates existiria hasta la consumacion de los siglos: esto no obstante, llenó de tristeza su corazón el conocimiento anticipado que tuvo de la primera persecucion que estaba próxima á estallar contra la fundacion divina, y que fué la que le movió á abandonar á Jerusalem en compañía de los Apóstoles. Redobló sus exhortaciones á fin de prevenir no solamente á los Apóstoles, sino á todos los que ya habian abrazado la doctrina de su divino Hijo, para que permaneciesen firmes en la fe y que no flaqueasen á vista de los crueles martirios que prepararia el paganismo. San Juan era entre todos los discípulos de Jesucristo el que mas tiempo permanecia al lado de la Santísima Virgen dedicado á prodigarle los mayores cuidados. La historiadora tantas veces citada, dice, que este Apóstol fué el primero que conoció en el semblante de la Señora la tristeza que naturalmente la produjo el anticipa-

do conocimiento que tuvo de la próxima persecucion de la Iglesia, aunque ignoraba la causa. El profundo respeto que profesaba á la Madre de Dios fué causa de que no se atreviese á preguntarle nada sobre el particular, y dirigiéndose al Señor hizo esta fervorosa oracion: «Señor y Dios inmenso, Reparador del mundo; confieso la obligacion en que sin méritos míos, y por sola vuestra dignacion me pusisteis, dándome por Madre á la que verdaderamente lo es vuestra, porque os concibió, parió y alimentó á sus pechos. Yo, Señor, con este beneficio quedé próspero y enriquecido con el mayor tesoro del cielo y de la tierra; pero vuestra Madre y mi Señora quedó sola y pobre sin vuestra Real presencia, que ni pueden recompensar ni suplir todos los ángeles, ni los hombres, cuanto menos este vil gusanillo y siervo vuestro. Hoy, Dios mio y Redentor del mundo, veo triste y afligida á la que os dió forma de hombre y es alegría de vuestro pueblo. Deseo aliviarla y consolarla en su pena, pero soy insuficiente para hacerlo. La razon y amor solicitan, y la veneracion me detiene. Dadme, Señor, virtud, luz de lo que debo hacer en vuestro agrado y en servicio de vuestra digna Madre.» La oracion del discípulo amado subió al cielo en olor de suavidad, y Dios dispuso que la Santísima Virgen, sin que él nada le hubiese preguntado, le informase de la causa que motivaba la tristeza que se retrataba en su semblante, y que ya conocemos.

Hé aquí el discurso que San Juan dirigió á la purísima María despues de haberla escuchado con la mayor veneracion y respeto: «Madre y Señora mia; no ignoro vuestra sabiduria, que de estos trabajos y tribulaciones sacará el Altísimo grandes frutos para su Iglesia y sus fieles hijos, y que les asistirá en sus tribulaciones. Preparados estamos los Apóstoles para sacrificar nuestras vidas por el Señor, que

ofreció la suya por todo el linaje humano. Hemos recibido inmensos beneficios, y no es justo que en nosotros sean ociosos y vacíos. Cuando éramos pequeños en la escuela de nuestro Maestro y Señor, obrábamos como párvulos: pero despues que nos enriqueció con su Divino Espiritu y encendió en nosotros el fuego de su amor, perdimos la cobardía y descamos seguir el camino de la Cruz, que con su doctrina y ejemplo nos enseñó; y sabemos que la Iglesia se ha de plantar y conservar con la sangre de sus ministros é hijos. Rogad vos, Señora mia, por nosotros, que con la virtud divina y vuestra proteccion alcanzaremos victoria de nuestros enemigos, y en gloria del Altísimo triunfaremos de todos ellos. Pero si en esta ciudad de Jerusalem, se ha de ejecutar lo fuerte de la persecucion, páreceme, Señora y Madre mia, que no es justo la espereis en ella para que la indignacion del infierno no intente alguna ofensa contra el Tabernáculo de Dios.» Con tal respeto y veneracion hizo presente el Evangelista su opinion á la Santísima Virgen: reconocia su altísima é incomparable dignidad de Madre de Dios, y queria evitar por todos los medios posibles el que pudiese recibir la menor ofensa por los enemigos de su divino Hijo: Por su parte María escuchó con atencion á San Juan, en el que respetaba su carácter sacerdotal, y ambos convinieron en consultar con Dios por medio de la oracion lo que habian de hacer que fuese mas agradable á la Magestad divina. Dios les inspiró el salir de Jerusalem, y así lo verificaron según que antes insinuamos, dirigiéndose á la ciudad de Efeso.

Antes que este viaje se verificase tuvieron lugar dos acontecimientos notables. El primero de ellos fué la conversion de San Pablo, uno de los mayores milagros de la Gracia, que le hizo trocarse de perseguidor de la Iglesia y